

“Identidad política y memoria en los militantes de dos expresiones de la nueva izquierda peronista en el Gran Rosario”

*Gabriela Águila – Cristina Viano**

Resulta inocultable el hecho de que la memoria es la actividad humana que reconstruye el pasado y lo vivido, y que uno de los recursos metodológicos del historiador que intenta indagar en ella lo constituye el recoger relatos de vida. Aquella produce los recuerdos pero también los olvidos, ambos resultados posibles de toda operación de la memoria que, como fuerza subjetiva que penetra y circula a través del pasado personal y colectivo, reconstruye, interpreta y/o preserva los sucesos, experiencias y relaciones en una trama donde pasado y presente aparecen íntimamente relacionados. Sin embargo no toda la cadena de ese pasado, sino fragmentos de un tejido que entrelaza distintos registros, que hace a los itinerarios tanto individuales como colectivos involucrados en sus mutuas y múltiples interacciones.

Así, para explorar ese intenso tramo de la historia argentina reciente que se extendió entre fines de los años sesenta y mediados de los setenta y en particular a la nueva izquierda peronista, hemos escogido una estrategia de aproximación que parte de dos ejes problemáticos: memoria e identidad en militantes a los que denominaremos provisionalmente “nuevos”, es decir aquellos que iniciaron sus vidas militantes hacia los últimos años de la década del sesenta y principios de los setenta en el Gran Rosario. Para tal propósito recurrimos a la historia oral o, más precisamente, a la construcción de fuentes orales.¹ En esta dirección,

* Centro de Estudios de Historia Obrera (CEHO), Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario.

1 En el prefacio de la segunda edición de *Esas voces que nos llegan del pasado* (FCE, México, 1999) Philippe JOUTARD sostiene que en el tiempo transcurrido entre una y otra (1983-1999) la historia oral ha alcanzado su madurez y releva la importancia que ella ha adquirido en América Latina. Aun compartiendo su opinión, admitimos que la utilización del término historia oral es problemática en la medida en que desde nuestra perspectiva la historia oral no puede realizarse al margen de la utilización

hemos seleccionado de nuestro universo de entrevistas² aquellas que responden a ciertos perfiles; particularmente la variable de relevancia resultó de la condición etaria. Aquí consideramos a aquellos que hacia 1976 no habían sobrepasado la barrera de los 30 años, con pertenencias múltiples, ya estudiantes, profesionales y trabajadores fabriles o de servicios, militantes de base y dirigentes, y quienes participaron o no en la lucha armada. Todos ellos sufrieron la prisión o el exilio interno o externo a partir de 1975-1976, todos siguen reconociéndose como peronistas aunque en la década del noventa emergieron dos vertientes, aquellos que adscribieron al menemismo y quienes rompieron con él.

Es verdad que como han señalado reiteradamente quienes han hecho de la historia oral un eje de sus producciones, la senda de los investigadores se cruza con la de los informantes en momentos erráticos y por lo tanto las historias de vida que se recogen son el resultado de ese encuentro casual, y que por ello hay que considerarlo como un factor de importancia a incorporar en la interpretación de las mismas.³ Precisemos entonces que las historias de vida fueron recogidas entre 1995 y 2001, una etapa que presenta fuertes contrastes con aquella sobre la cual el trabajo está enfocado. Si los primeros setenta constituyeron un momento donde lo político ocupaba un lugar central y ello se traducía en definiciones identitarias fuertes, la última década aparece dominada por la labilidad, la fragmentación y la desestructuración de las identidades políticas.

La nominación nueva izquierda peronista parece indicar un conjunto relativamente integrado y homogéneo, que sin dudas ha contribuido a oscurecer señaladas improntas diferenciadoras, que alcanzaron distinta relevancia según los ámbitos regionales. En tanto Montoneros se convertía hacia comienzos de los años setenta en la organización más importante dentro de la izquierda peronista, situación que tendría un directo correlato en los énfasis historiográficos posteriores, las experiencias de otros espacios políticos como el Peronismo de Base compartirían un lugar de relativa invisibilidad en los análisis sobre el período.

de otro tipo de fuentes y por lo tanto preferimos hablar de construcción de fuentes orales. Véase Gabriela ÁGUILA y Cristina VIANO, "Las voces del conflicto: en defensa de la Historia Oral", en Cristina GODOY (ed.), (2002) *Historiografía y Memoria Colectiva. Tiempos y Territorios*, Buenos Aires, Ed. Miño y Dávila.

2 Consignemos que los resultados que aquí presentamos forman parte de una investigación desarrollada desde 1997 en el marco del proyecto "Clasistas, combativos y organizaciones armadas en el mundo del trabajo en el Gran Rosario en los años sesenta y setenta". Las quince entrevistas sobre las que trabajamos fueron seleccionadas de entre un conjunto de cuarenta entrevistas realizadas.

3 Al respecto véase PORTELLI, Alessandro, (1993) "El tiempo de mi vida: Las funciones del tiempo en la historia oral", en ACEVES LOZANO, Jorge (comp.), *Historia Oral*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.

Mencionemos que en el Gran Rosario y como expresión de un fenómeno que se generalizó en el país hacia fines de los sesenta, distintas vertientes peronistas comenzaron a desarrollarse en la universidad, desplegando un fuerte predicamento. Una de las más significativas a nivel regional la constituyó la Unión de Estudiantes del Litoral (UEL) proveniente de un cristianismo humanista, y que hacia comienzos de los setenta convergió en la creación del PB. Por su parte, el desarrollo de Montoneros, más tardío en la región, se expresó en la creación de organismos y trabajo de masas, frentes legales, sindicales y agrupaciones juveniles y estudiantiles, entre las que destacaron la Juventud Peronista (JP) y la Juventud Universitaria Peronista (JUP). En los primeros meses de 1973 se formalizó también la estructuración de la Juventud Trabajadora Peronista (JTP), sobre la base tanto del traspaso como del doble encuadramiento de militantes de extracción universitaria y barrial insertos en la JUP y la JP. En Rosario, la JTP tuvo una importante presencia al interior de sindicatos de servicios, y ello fue proporcional a su escasa incidencia en los sindicatos industriales. En el caso del PB, y en contraste con el clásico trabajo territorial de Montoneros, se definió una estrategia más directamente dirigida hacia la clase obrera, particularmente en las nuevas industrias de la zona norte del cordón industrial del Gran Rosario, caracterizado como un espacio de trabajo clave y donde se concentró gran parte de su esfuerzo militante, así como en las industrias metalmecánicas diseminadas en el ejido urbano.⁴

Sobre la nueva izquierda peronista: identidad y tramas

Si bien es cierto que la noción de identidad ha sido abordada por múltiples disciplinas, también lo es que ha seguido distintos recorridos teóricos. En líneas generales el debate actual se ha alejado de definiciones esencialistas de la identidad y algunos puntos de coincidencia tienden a advertir sobre el carácter multidimensional y procesual de su constitución. En su sentido más difundido la identidad remite al reconocimiento de un “nosotros” y al desarrollo de un sentimiento de pertenencia a una determinada “comunidad”, pero que se define también negativamente, en tanto conlleva acentuar las diferencias que separan a unos grupos de otros; al “nosotros” de “los otros”. Las identidades no poseen un

4 Un desarrollo más sistemático está contenido en G. AGUILA y C. VIANO, (2002) “Trabajadoras y militantes: sobre algunas vertientes de la izquierda peronista del norte al sur del cordón industrial del Gran Rosario entre 1969 y 1976. Una aproximación desde la historia oral”, en *Annuario*, N° 19, Escuela de Historia, Rosario.

carácter cristalizado ni estático, sino que se encuentran sometidas a procesos de reformulación constante, que se vinculan tanto con las experiencias de los sujetos como con los contextos en los que se diseñan, contextos que pueden cambiar y por tanto alterar los contenidos de la identidad y/o producir desplazamientos de una identidad a otra.⁵

Si volvemos la mirada hacia los últimos años de la década del sesenta en la Argentina se nos impone una constatación: la entrada masiva de los jóvenes en la vida política, situación que supone la asunción, reformulación o creación de identidades políticas. Se ha señalado reiteradamente que la búsqueda de identidad se plantea con mucha fuerza en los años de la juventud y, con relación a ello, las preguntas iniciales para abordar la cuestión de la identidad política en un segmento y en una época en donde la militancia era casi un imperativo pueden ser ¿Por qué militan los que militan y por qué lo hacen donde lo hacen? Un supuesto habitual en el estudio de los movimientos sociales y las revoluciones consiste en destacar el significado de ciertos acontecimientos, ideas o personas, a los que se atribuye un fuerte impacto histórico y la capacidad de romper las pautas de evolución gradual de las sociedades. Otros análisis parten del supuesto contrario, según el cual hay continuidad intrínseca entre el flujo cotidiano de experiencias y las relaciones sociales;⁶ examinemos esta cuestión.

Si a primera vista el proverbio árabe que apareció en el relato de dos de nuestros entrevistados (*“los hijos se parecen más a su tiempo que a sus padres”*) parece efectivo para graficar el profundo impacto que ciertas ideas de la época comportaron sobre importantes sectores de la juventud argentina, ciertamente no alcanza para explicar por qué todos los jóvenes que se acercaron al peronismo lo hicieron, en la medida en que hacerse peronistas para algunos significó, entre otras cosas, rebelarse contra sus padres, pero para un segmento nada despreciable, continuar la tradición familiar. Entre los primeros, es decir los que provenían de familias no peronistas, detectamos al interior de ellas dos actitudes distintas, que van desde un antiperonismo marcado a una actitud de mayor comprensión. Las explicaciones recorrieron un arco que fue desde *“yo provenía de una familia muy gorila, casi planteé como condición que (la agrupación) no fuese peronista. Empecé a militar en una agrupación muy extraña que se llamaba Franja Morada [...]”* o *“mi padre era una antiperonista con cierto orgullo de ser radical,*

5 Para este tema puede verse Eric HOBBSBAMM, (2000) “La izquierda y la política de la identidad”, *New Left Review*, nº 0, Akal, Madrid, y (1993) “Nación, Estado, Etnicidad y Religión: las transformaciones de la identidad”, *Anuario*, nº 16, Escuela de Historia, Rosario.

6 H. JOHNSTON, E. LARAÑA y J. GUSFIELD, “Identidades, ideologías y vida cotidiana en los nuevos movimientos sociales”, en LARAÑA, E. y J. GUSFIELD, (1994) *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, CIS, Madrid.

pero básicamente era anti...”, hasta “mi viejo había tenido actividad política en el socialismo, él era socialista de Palacios [...] No eran peronistas [...] mi viejo lo que siempre decía, era ‘sí, Perón hizo, pero nos aprobó las leyes que Palacios...’. No era una postura antiperonista, es más, en el barrio eran todos peronistas, o la gran mayoría [...] a lo mejor si hubieran vivido en un sector donde eran antiperonistas, pero no... Mi vieja hacía en política lo que decía mi viejo”.

Ante la pregunta “¿cuándo y dónde empezaste a militar?” aparecieron una serie de elementos constantes que refieren a los derroteros familiares y sus filiaciones, a las marcas personales, sociales e históricas, donde la asunción de una identidad peronista por parte de quienes provenían de familias no peronistas implicó en muchos casos un tránsito por una variada gama de grupos y espacios políticos. La militancia inicialmente no peronista en una agrupación universitaria que hacia principios de los años setenta comenzó a “comprender el fenómeno nacional, a hablar del 17 de octubre como una bandera” o las experiencias de militancia al interior de la iglesia católica o la inclinación desde la etapa de la escuela secundaria hacia la Historia, y en particular el contacto con el revisionismo, ejemplifican algunos de esos recorridos que condujeron al peronismo.

Entre los que provenían de familias peronistas hubo una identificación política peronista temprana, la filiación pareció más directa y menos compleja; en este contexto el golpe del 55 y los años de la Resistencia fueron experiencias que marcaron sus vidas, destacándose en los relatos una imagen de larga continuidad que involucra venir de “una familia peronista, de un barrio peronista... de 18 años de resistencia, de búsqueda de definiciones”. Otros destacaron haber percibido al peronismo desde muy niños señalando el carácter de “sentimiento” de sus primeras aproximaciones: “en casa mis padres que eran extranjeros, eran inmigrantes, me decían que las cosas habían comenzado a cambiar acá a partir de la llegada de Perón, que con Perón comenzaban a ser personas, que comenzábamos a tener cosas a partir de Perón”. Es sugerente como en este testimonio de quien luego se va a convertir en un dirigente del PB se asocia la cuestión de la dignidad humana a la obtención de ciertos recursos materiales, pero asimismo se evidencia como una expresión de la incidencia de la familia en el procesamiento y adopción de una determinada identidad política. En las familias peronistas “hablar” de ese pasado inmediato era persistente, también constituía un modo de conjurar una realidad adversa. Destaquemos también el papel jugado en los años de la Resistencia por otro tipo de elementos, de carácter simbólico, que fortalecieron la identidad peronista y que para estos jóvenes implicaron un involucramiento con otros círculos un poco más amplios, tal como puede visualizarse en el “ri-

tual” practicado cada vez que era posible de “*escuchar una cinta de Perón*”, ritual que suponía organizar una reunión en condiciones semiclandestinas.⁷ En términos de Raymond Williams, estaríamos ante un registro de “*elementos específicamente afectivos de la conciencia y las relaciones y no de sentimiento contra pensamiento, sino pensamiento tal como es sentido y sentimiento tal como es pensado; una conciencia práctica de tipo presente dentro de una continuidad viviente e interrelacionada*”⁸

Si la identidad es multidimensional y los sujetos poseen un repertorio de identidades a las que acudir, la identidad política como forma particular de identidad tiene entre sus atributos el no ser naturalmente dada sino que explícitamente supone una opción, una “toma de posición” conciente por parte de los sujetos, pero esta toma de conciencia no puede verse como un “descubrimiento súbito” o una “revelación”, sino más bien con un proceso donde interactúan múltiples variables. Sin embargo, sostenemos que aquello que es y en lo que se convierte una persona depende de procesos predominantemente sociales y ello resulta particularmente significativo para entender cómo se produce la participación en movimientos políticos.⁹ Un elemento explicativo resulta de los arrolladores procesos internacionales de revuelta y revolución en el tercer mundo y la rebelión cultural de los estudiantes del primer mundo que se convirtieron en referencias ineludibles en las cuales filiar sus recorridos políticos a la vez que contribuyeron a dotar de un fuerte optimismo a las nuevas generaciones. Pero comprender el proceso de politización de importantes segmentos juveniles requiere acudir a planos que trascienden meramente un clima de época determinado.

Examinemos ahora si el ingreso a la militancia se produjo en forma decisiva por cuestiones de afinidad ideológica, si hubo un cuerpo de afinidades ideológi-

7 Marisa Armida ha señalado que más allá de las acciones de los comandos y de la lucha sindical, los procesos identitarios del peronismo de la Resistencia operaban a través de la reivindicación de todo aquello que era objetado o cuestionado por los sectores dominantes, en este sentido la prohibición de la simbología peronista y la interdicción impuesta sobre el mero hecho de nombrar a Perón o Evita hacía que cada acto de la vida cotidiana que transgrediera esa norma fuera concebido como parte de la resistencia cultural que permitía al peronismo mantener una unidad que prevalecía sobre las diferencias. Véase Marisa ARMIDA y Beatriz FILIBERTI, (2000) “Entre la proscripción y el desarrollo (1955-1966) en Alberto J. PLA (coord.), *Rosario en la historia (de 1930 a nuestros días)*, Tomo I, UNR Editora, Editorial de la Universidad Nacional de Rosario, Rosario.

8 Raymond WILLIAMS, *Marxismo y Literatura*, Península, Barcelona, 1980, p. 155.

9 Para Melucci las dimensiones fundamentales, vinculadas entre sí, del proceso de construcción identitaria son: 1) el nivel de las creencias, o armazones cognitivos relacionados a los fines, los medios y el terreno para la acción; 2) el nivel de relaciones sociales (redes) donde se activan las relaciones entre los actores y 3) la realización de inversiones emocionales, que permiten romper las relaciones de puro cálculo, y gracias a lo cual los individuos acaban reconociéndose como miembros de una colectividad. Véase Alberto MELUCCI, (1994) “Asumir un compromiso: identidad y movilización en los movimientos sociales”, *Revista Zona Abierta*, n° 69, ARCE, Madrid.

cas consistentes y previas, o si éstas se forjaron al interior del proceso de involucramiento en la misma. Una constante en los relatos de quienes acudieron desde los pueblos y pequeñas ciudades de la región a estudiar a Rosario es que las marcas de la historia política no aparecieron tan señaladamente, aunque sí cobraron fuerza otro tipo de episodios referidos a situaciones más personales como por ejemplo haber sufrido algún tipo de discriminación por el color subido de su piel o simplemente por vivir detrás de las vías.¹⁰ Venir de los pueblos a estudiar a la ciudad era un fenómeno bastante extendido en el período; la llegada, producida alrededor de los 17 ó 18 años, con los cambios en las formas de vida que ello involucraba, la ausencia de control familiar cotidiano, la vida en pensiones y el ingreso a una universidad que progresivamente comenzaba a agitarse, produjeron una singular combinación de elementos, donde relaciones frecuentemente infravaloradas como las constituidas por grupos de amigos, compañeros de estudio o de trabajo, tuvieron una importancia decisiva en la incorporación a la militancia. Los relatos que siguen ejemplifican el peso que adquirieron las relaciones interpersonales en este proceso, en el primer caso se trata de un militante del PB y en el segundo de un cuadro dirigente montonero, ninguno de los cuales provenía de familias peronistas.

“el 69 fue un año muy pesado, transité la mayor parte del despelote suelto, hasta que en algún momento decidí que tenía que hacer algo en alguna organización y me acerqué a la que más amigos tenía, que era en UEL... donde había también un origen cristiano, había nacido de un grupo de jóvenes cristianos que se llamaba ISCEAC, Instituto Social Cristiano de Estudios de Acción Católica ... había todo un clima por el cual varios de los compañeros que vivían conmigo militaban en UEL o eran allegados a UEL, bueno, me metí ahí, podía haberme metido en cualquier otro lugar”.

“yo venía de un pueblo (del interior de Santa Fe). Yo creo que fue una forma de encontrar un ámbito de amigos, de conocidos, de relación. Hay un amigo que decía: ‘Quién no milita en los setenta, no atraca’ y era un poco eso, ¿no?: relacionarte. Y después era también la historia de una cosa muy autoritaria [...] en ese momento lo que yo vivía el gobierno universitario, de imponer las cosas sin consenso, había algo de rebeldía también. Sobre todo con el tema del preuniversitario, algo muy traído de los pelos, muy burdo, o por ahí yo lo vivía en ese tiempo así. Y ahí empezó,

¹⁰ Es muy típico, en muchas pequeñas ciudades santafesinas que se encuentren divididas por la vía del ferrocarril, y esto en general también establecía una división “social” entre quienes estaban de un lado y del otro.

me acuerdo... Empecé rompiendo las hojas del Pre de los chicos que ingresaban, yo ya tenía un año en la facultad y empecé rompiendo las hojas esas”.

Ya adelantamos que la entrada al peronismo se produjo por caminos múltiples, sin embargo y aunque muchos militantes provenían de una formación laica, muchos otros encontraron una vía de ingreso a través de la iglesia católica, a partir de un cristianismo que a nivel latinoamericano estaba asumiendo planteos disruptivos. La iglesia fue quien proveyó un espacio de contacto directo con el “pueblo” y a través de ella numerosos grupos de jóvenes se acercaron a la actividad política, ingresando en su mayoría en las filas del peronismo¹¹ y ello constituye una de las notas distintivas de la cultura política de la izquierda peronista que la diferencia claramente de la izquierda marxista. Este aspecto es señalado de múltiples maneras en las historias de vida. Un dato reiterado lo constituye el tránsito de algunos de nuestros entrevistados por los llamados Colegios Mayores,¹² que se convirtieron en un lugar casi natural desde el cual hacer las primeras armas en la militancia, también y paralelamente desde la izquierda y la derecha del peronismo se comenzó a ver a éstos ámbitos como un lugar para hacer trabajo político. Si bien no está presente con claridad en todas las historias de vida, la perspectiva de articulación entre cristianismo y marxismo es extendida, tal como se explicita en el testimonio de una militante de la JP para quien

“quizá lo que hacíamos era un reduccionismo, era juntar, porque qué quiere el marxismo?: quiere el comunismo, y qué quiere el evangelio liberador?: quiere el comunismo y que vivamos todos [...] no hubo dramas intelectuales ni teóricos, estaba todo planteado, lo único que había que hacer era implementarlo y trabajarlo, juntarlo...”

Si la identidad presenta una característica de inacabamiento persistente, una pregunta a formularnos es cómo esas mujeres y hombres nuevos, provenientes de sectores que desbordaban los clásicos anclajes sociales que hasta entonces habían nutrido al peronismo transformaron esa “vieja” identidad peronista.

11 A su vez muchos curas y monjas hicieron un recorrido junto a estos jóvenes, redefiniendo sus posiciones al interior de la institución en un camino que muchas veces fue del asistencialismo clásico a la opción por los pobres, o de la experiencia en seminarios europeos a la toma de conciencia de la problemática social y al compromiso militante.

12 Los colegios mayores eran hospedajes económicos provistos por la iglesia y por familias vinculadas a ella, a los que acudían jóvenes provenientes del interior de la provincia que, en su mayoría, venían a estudiar a las universidades de Rosario y del Litoral y en donde por una cuota muy accesible se les brindaba alojamiento y comida, se autogestionaban por quienes allí vivían y donde además se desarrollaba una serie de actividades culturales.

Consideremos que, sobre todo después de su salida del poder en 1955, el peronismo exhibió como una de sus características la posibilidad de contener en sí un amplio abanico de opciones que iban de vertientes próximas al “fascismo” hasta el “socialismo nacional”, pero asimismo para incorporar elementos que no habían estado presentes en su versión inicial o “histórica”. Esta “permeabilidad” para conjugar contenidos ideológicos tan variados se vincula con una de las notas originales del fenómeno populista: su vaguedad e imprecisión ideológica. En la etapa de la Resistencia pero más aún hacia fines de los años sesenta y comienzos de los setenta, el peronismo exhibió una notable capacidad de transformación, que posibilitó ampliar sus propias bases sociales de sustentación, pero asimismo incorporar ingredientes ideológicos que remitían a los nuevos climas de época. Es posible sostener que si bien los nuevos militantes van a asumir importantes elementos de aquella identidad originaria, a su vez van a resignificarla a través de la incorporación de un repertorio de ideas de nuevo corte, centralmente la idea de la revolución y la necesidad de la utilización de la violencia como medio de transformación social.

En los relatos aparece en forma recurrente una filiación que pivotea entre sus propias experiencias, donde la trama epocal ocupa un lugar de significación, y la historia del peronismo, presente tanto en las referencias a los años de la Resistencia como también en la justificación de la lucha armada (“*el joven de los setenta no inventa la lucha armada, no inventa los caños o las bombas*”). En los relatos, es notoria la intención de marcar los rastros de continuidad organizativa y cultural con las experiencias que los precedieron.

Lo dicho hasta aquí parece abonar aquellas interpretaciones que subsumen a los distintos grupos, vertientes y organizaciones que conformaron la izquierda peronista en una única matriz indiferenciada, sin embargo, el constatar ciertos elementos comunes presentes en lo que podríamos denominar la cultura política del peronismo de izquierda no debe oscurecer aquellas notas distintivas que constituyen la marcas de identidad de cada una de estas vertientes. Una primera cuestión refiere a que, tal como hemos sostenido en otros trabajos, particularmente en el caso del PB las diferencias regionales adquirieron una significativa relevancia, medida en el hecho de que nunca funcionó como una organización centralizada a nivel nacional, sino que por el contrario estuvo denotado por el accionar diferenciado de los múltiples PB que actuaban regionalmente.¹³ Di-

¹³ Este aspecto ha sido señalado por Cecilia LUVECCE en (1993) *Las Fuerzas Armadas Peronistas y el Peronismo de Base*, CEAL, Buenos Aires, sobre la base de un trabajo realizado principalmente sobre Córdoba, Tucumán y Buenos Aires.

ferente es el caso de Montoneros que desde sus orígenes se articuló como una estructura política vertical, donde las decisiones fluían de arriba hacia abajo y donde la autonomía de sus expresiones regionales o locales fue muy relativa.

No menos importantes son otro tipo de elementos diferenciadores que refieren a cuestiones claves en la definición ideológica y de estrategias políticas, tal como sucedía con la centralidad otorgada a la clase obrera y a la fábrica en el PB, en contraposición a la idea de “lo popular” y el trabajo barrial o territorial en el caso de Montoneros, o la diferenciada percepción tanto sobre el papel del líder como sobre la participación o no en las estructuras partidarias y sindicales del peronismo.¹⁴ En este sentido, el basismo y el obrerismo resaltan como aspectos constitutivos de la identidad de los militantes del PB de la época en sus relatos la constante referencia al trabajo en la clase y con las bases marcan una clara diferencia con los tópicos más recurrentes de los militantes montoneros.

Un párrafo aparte merecen las divergentes apreciaciones en torno a aquello que parecía contar con un importante consenso entre los militantes de la izquierda peronista: el recurso de la lucha armada. En el caso de los militantes montoneros, las percepciones son disímiles aunque destacan algunas comunes evaluaciones: una, el considerar que no hubo mucho tiempo para procesar ese tránsito al camino armado que para la mayoría fue inicialmente asumido como no conflictivo, en la medida en que esa violencia era justificada plenamente por la violencia que se ejerció “desde arriba”. Para quienes tomaron las armas, el hecho armado y el riesgo de muerte que ello implicaba, resultó en un nudo identitario fuerte al punto de plantear que esto tenía un puente de respeto y colaboración con las otras organizaciones armadas, incluso con las de la izquierda marxista como el PRT/ERP. Sin embargo, aquellos que no asumieron ese camino mencionaron que “*quienes no terminamos con las armas éramos como de segunda dentro de la orga*”. Es interesante señalar un elemento que apareció entre algunos militantes al referirse a “*los pibes*” que no venían fogueados de la discusión política de fines de los sesenta, que eran muy chicos (aunque sólo los separaran apenas cuatro o cinco años de diferencia) y que los mandaban a ser jefes, así de ese modo “la dirección” se garantizaba el acatamiento; en este marco señalaron que “*esos pibes eran más proclives a la acción y los bombazos*”. Los niveles más duros de disidencia los encontramos en aquellos que desarrollaban su acción en los frentes legales y aunque no impugnaban la acción armada en

14 Estos problemas han sido tratados en “De la universidad a la fábrica: algunos elementos para pensar el mundo de la militancia en los primeros setenta en el Gran Rosario”, *CD III Jornadas de Nuevos Aportes a la Investigación Histórica*, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, octubre 2000.

general, sí cuestionaban el hecho de que se derivaran importantes cuadros políticos a ella. Sin embargo, debemos destacar la ambivalencia que aparece en las historias de vida respecto de la lucha armada, incluso en quienes dentro de la estructura montonera dicen una y otra vez haber cuestionado el creciente militarismo; contradictoriamente, las “aceptaciones” se cuelan, se filtran, se deslizan a través de sus relatos y resultan más amplias de lo que están dispuestos a admitir directamente.

Por contraste, en los militantes del PB encontramos desde un enfático cuestionamiento al accionar armado (“*en ningún momento rescatábamos la violencia personal, la bomba y la práctica individualista de la guerrilla*”), hasta otras reflexiones que apuntan a impugnar no el hecho armado en sí mismo sino la preeminencia de lo militar sobre lo político, el hecho de tener que probar “los méritos” militantes en el campo de las acciones militares y no en el trabajo con la clase obrera.

Un rasgo particularmente señalado en este proceso acelerado e intenso de constitución de una identidad política lo constituye el hecho de que los jóvenes que ingresaron a las distintas organizaciones de la izquierda peronista transitaron un camino de ida y vuelta que involucraba los ámbitos privados y de relaciones con el compromiso político y social. Una compleja e invisible trama enlazó sus vidas privadas con sus actividades políticas, lo político acabó determinando lo privado, reduciéndolo a una expresión mínima, desdibujándolo, subordinándolo. Estas improntas de la militancia, más visibles en el caso de Montoneros, se agudizaron en particular cuando las condiciones en las que se desenvolvía la acción se tornaron problemáticas por el aumento de la represión y, particularmente, con el pase a la clandestinidad de esta organización hacia los últimos meses del año 74. Ello incidió notablemente en que los miembros más comprometidos tendieran a prescindir progresivamente de las relaciones que mantenían con personas ajenas a su grupo para favorecer la interacción en su seno.

“¿Y tenía que ser de la agrupación la compañera?”

R: No, no, no necesariamente... Y, por problemas de seguridad, te obligaba... nadie te lo imponía, pero el tema de seguridad... *si nadie podía conocer tu casa, te iban obligando a la promiscuidad montoneril (tisas)*”.

En ocasiones en el seno de una pareja el hecho que uno de sus miembros dejara de militar o bien que se militarara con marcados desniveles de compromiso derivaba en un correlato inmediato en sus vidas privadas, hasta el punto de

inhabilitar una vida en común, tal el espacio que la dedicación a la actividad política había ganado. El testimonio que sigue pone de relieve cómo el “compartir” es asociado casi exclusivamente a la militancia: *“Mi mujer militaba, sí, tuvo una militancia universitaria en Trabajo Social y después con el embarazo dejó de militar y yo creo que también de compartir, no estaba muy de acuerdo con lo que se venía. Había un desnivel bastante pronunciado entre mi militancia y la de ella...”*

Un elemento que cobró fuerza desde el interior de los relatos es la “intensidad” con que se vivía, que en parte puede ser atribuido a una característica propia de los años juveniles, pero también al momento político que se desplegó en los primeros setenta. En particular en los militantes montoneros aparece como una coincidencia extendida la apreciación de que el año 73 fue el mejor momento de sus vidas, donde las experiencias de la primavera camporista y la liberación de los presos destacan particularmente. Sin embargo, el mejor momento de sus vidas duró muy poco. La ruptura de la Tendencia con Perón representó un profundo impacto para esos militantes, impacto que no fue acusado por aquellos vinculados al PB que habían definido bastante antes una posición fuertemente crítica hacia el líder del movimiento (*“para nosotros era más fácil militar y crecer con el ‘viejo’ en el exilio”*). Esta diferenciada percepción del acontecimiento queda evidenciada en el relato de un cuadro del PB: *“Cuando se muere Perón... Montoneros se había peleado hacía veinte días con el viejo, (el periódico El Descamisado saca) un titular enorme que dice ‘estamos solos y confundidos’, en la tapa del Con todo (periódico del PB) dice ‘no estamos ni solos ni confundidos, estamos con la experiencia acumulada en 18 años y tratando de construir una alternativa propia’”*.

Si uno de los elementos caracterizadores del breve pero intenso y controvertido período de la historia argentina, que analizamos a partir de la construcción identitaria de dos expresiones de la izquierda peronista a nivel regional, estuvo constituido por el hecho de que en una significativa proporción hombres y mujeres se volcaron a la actividad política, también es cierto que se verificó una intensa circulación de unos espacios a otros. Señalemos entonces que hacia 1973 ya se había consolidado la hegemonía de Montoneros dentro de la izquierda peronista, en tanto el PB quedaba reducido a una organización integrada por militantes sindicales y universitarios que mantuvo un cierto grado de desarrollo en la zona norte del cordón industrial del Gran Rosario. El masivo crecimiento de Montoneros implicó un doble proceso: por una parte, marcó su capacidad de incorporar hombres y mujeres nuevos, que no provenían de otras experien-

cias militantes y, por otra y no menos importante, un efecto de atracción sobre el conjunto de los militantes de la izquierda peronista. En los relatos de los militantes montoneros se destaca reiteradamente que “*era un auge desmesurado... era una cosa explosiva, realmente*” o “*cualquier movilización que hacíamos nosotros éramos miles*”, en tanto aquellos que permanecieron en el PB se preocuparon por anclar tanto la explicación del creciente debilitamiento de la organización como el “éxito” de Montoneros en otro tipo de factores:

“Justo es reconocer que *Montoneros tenía una política, que podía ser equivocada o no, pero una política de poder y una política de poder en serio*, más allá de cualquier otra ..., y el auge de Montoneros obviamente fraccionaba permanentemente, era como un ariete que te golpeaba todos los días sobre tu gente, nosotros teníamos 60, 70 cuadros en Filosofía y se nos filtraban a veces, se nos caían, pasaban a los ‘Montos’, o se hacían simpatizantes, periféricos...”

Esta evaluación sobre las posibilidades de hacer política o la “política de poder” que encarnaba Montoneros fue también la explicación que nos brindaba un entrevistado que pasó del PB a aquella organización hacia 1972-1973, cuya participación se mantuvo siempre en el plano de los frentes de masas legales.

“fue una época de mucha aceleración, de cambios, de mucha discusión ideológica y el peso que las organizaciones armadas comenzaron a tener sobre la política comenzaron a ser condicionantes del accionar de los que teníamos una política de base de masas [...] vos tenías que definirte si no tenías inserción ni posibilidad de crecer ni de hacer una política, porque la política estaba referida a lo que llegaba a la gente, cómo te identificaban y también a los medios que vos disponías para ejercer esa política y bueno, esos medios también venían a partir del accionar de los grupos armados”.

Los tránsitos de militantes, el moverse de un grupo peronista a otro, si bien aparece sustentado en todos los casos por una determinada evaluación política (la “efectividad” de Montoneros frente a la “falta de política” del PB o el desacuerdo con la lucha armada como las razones más invocadas) estaba posibilitado en gran medida por el hecho de que, a pesar de la consistencia que podían presentar algunas formulaciones políticas diferenciadoras, se “sentían” parte de un mismo espacio, el peronismo, dentro del cual aquellos tránsitos no constituían una situación traumática.

Algunas consideraciones finales

La práctica más frecuente para quienes hacemos historia oral es recoger una cantidad considerable de relatos de vida para ver si ciertas pautas de respuestas subjetivas aparecen con regularidad a la hora de examinar un proceso, problema o período específico, es en este sentido que las fuentes orales nos permiten encontrar las contradicciones y ambigüedades de situaciones históricas, pero en particular los deseos de los que participaron en los acontecimientos que nos relatan.

Cuando se están analizando períodos y experiencias de vida como las de la Argentina de fines de los años sesenta y la primera mitad de los setenta es habitual recoger relatos que parecen detenidos en esos momentos álgidos de sus experiencias personales. Con frecuencia están absorbidos por la totalidad del acontecimiento histórico del cual formaron parte y los relatos de vida asumen las cadencias y las formulaciones de una épica.

Si una de las dimensiones de la memoria la constituye el hecho de que es el modo en que mujeres y hombres recuerdan su pasado y tratan de proporcionar una explicación desde el presente, también es cierto que esa memoria individual y colectiva sobre el pasado vivido siempre refiere a un lugar social, y es desde este lugar que puede trazarse una primera línea demarcatoria señalemos entonces que los relatos de las mujeres aparecen casi como despojados de análisis políticos, las referencias circulan por otros carriles, sus memorias parecen menos vívidas, en este sentido más proclives al olvido.¹⁵ Un elemento común entre varones y mujeres lo constituye el hecho de que cuando reflexionan sobre sus trayectorias militantes y las posibilidades del cambio social, éstas se articularon fuertemente a la condición de ser jóvenes, “*cuando sos joven todo te parece mas fácil*” fue señalado reiteradamente. La otra consideración que surge de los relatos es que nuestros entrevistados, militantes de los años setenta de distintos espacios de la izquierda peronista, se perciben a sí mismos en el presente desde una común pertenencia a un ámbito político del que se sentían parte. Es indudable que el paso del tiempo ha atenuado las diferencias que aparecieron como irreconciliables en el pasado, éstas hoy se resignifican y para muchos “*parecen mínimas*”.

15 Consignemos al respecto que las mujeres entrevistadas eran todas militantes de base, sin embargo en los relatos de los hombres, ya militantes de base ya dirigentes, las referencias a lo político en un sentido general, aunque con distintas profundidades, ocupan un lugar central.

Hemos avanzado en la exploración de algunos rasgos que tendieron a dotar con señalizaciones particulares la identidad política de la izquierda peronista de los primeros años setenta a partir de los relatos de un grupo generacional de militantes “nuevos”. En esta perspectiva, quedan pendientes algunas cuestiones y señaladamente la comparación con los contenidos identitarios de las otras generaciones de peronistas, para efectivamente corroborar cuánto hay de nuevo en lo considerado nuevo, pero también el examen de otros recorridos, en particular los que llevaron de la izquierda marxista al peronismo de izquierda.